

La pobreza en el sureste de México en el siglo XXI

Luis Alfonso Ramírez Carrillo

Marcel Proust decía que a veces estamos demasiado dispuestos a creer que el presente es el único estado posible de las cosas. Aunque un texto sobre la pobreza debería comenzar citando a clásicos sobre el tema, como Amartya Sen, Peter Townsend o Julio Boltvinik y no a un autor tan alejado anímicamente de ella, y más aún del sureste de México como Proust, me disculpo y defiendo la cita porque en pocas palabras plantea tres ideas que rondan siempre en torno a los pobres: el olvido de que la pobreza siempre tiene un pasado y es, ante todo, una condición histórica, resultado de procesos de larga duración; la tendencia a "naturalizar" la pobreza, es decir, a considerarla como el estado fijo de un mundo social que sería similar al natural y que lleva, incluso, a volverla invisible o considerarla normal; o por último, cuando se le ve, a la sensación generalizada de no poderla cambiar y de que poco se puede hacer respecto a ella. La investigación que originó este trabajo aporta

elementos para refutar las primeras dos ideas. La pobreza siempre es histórica y colectiva, no es individual ni coyuntural; y no es para nada natural a la sociedad humana sino absolutamente creada por los hombres, sus sistemas sociales y las instituciones que acumulan poder. Adelanto que, respecto a la tercera idea, solo aporta la esperanza de que un mejor conocimiento de ella ayude a combatirla, cuestionando la política social y económica sostenida los últimos años al mostrar sus magros resultados.

La pobreza es una condición histórica construida políticamente. Fruto de la desigualdad social y de la injusticia, se explica por siglos de monopolios de propiedad, subordinación social, discriminación étnica y un inequitativo acceso a recursos sociales y bienes naturales que se heredan de una generación a otra. La pobreza se desarrolla con el paso de los años y no es condición natural de ningún hombre. Tampoco es una condición individual más que en apariencia. No existe el pobre en



singular, siempre son los pobres, un conglomerado humano que se vuelve un sujeto y, en condiciones que desencadenan su acción social, un actor colectivo. Los pobres son familias, pero también son comunidades, etnias y sociedades completas. Siempre son parte de un cuerpo social más amplio, pues para hablar de los pobres se requiere que existan los no pobres, aquellos que no comparten su naturaleza social ni su destino. Pueden ser más privilegiados que ellos, aunque tampoco son necesariamente la causa de su condición de pobreza. La pobreza es, pues, condición estructural de una sociedad que solo puede ser modificada cambiando su estructura misma, sus

vínculos sociales, sus intercambios de mercado, su legalidad y las instituciones vinculadas al poder y a la organización del Estado.

La pobreza ha sido compañera fiel y constante de la construcción de México como nación. Desde la conquista y durante los tres siglos de colonia, en que se le consideró la Nueva España, se sentaron las bases de la histórica desigualdad social, al igual que se establecieron privilegios, relaciones preferenciales para grupos particulares y una cultura política de expoliación y corrupción. Estos rasgos sobrevivieron a la colonia en los siglos XIX y XX y se mantienen con fuerza en México, aunque se han vuelto anacrónicos en el mundo



Archivo LARC.

competitivo del siglo XXI, obstaculizando la creación de riqueza social, de empresas innovadoras y agravando la pobreza colectiva. Durante la colonia, los pobres de México fueron sobre todo los pueblos originarios y la población indígena sometida y explotada. Su empobrecimiento fue total. Se degradaron no solo sus bases económicas de subsistencia, sino también sus estructuras sociales y políticas y su cultura. Se crearon las condiciones para una reproducción ampliada de la pobreza nacional en el largo plazo que ha durado siglos más allá de la colonia. Los pobres entonces no fueron ya solo los indígenas, sino las nuevas identidades nacionales provocadas por el mestizaje, la aculturación y el desarrollo urbano. Aunque la pobreza empezó a retroceder después de la Revolución de 1910, sus pasos han sido tan discretos que por momentos parece estancada. El combate a la pobreza de las últimas tres décadas ha sido mayor y, sin embargo, su retroceso sigue siendo lento e insuficiente.

Aunque la mayor parte de los pobres de México en el siglo XXI no se consideran ya miembros de los pueblos originarios, aunque sean sus descendientes, en el sureste, al igual que en otras regiones del país, la pobreza continúa vinculada a la identidad étnica y, en particular, a la población de origen maya. La pobreza de los mayas es histórica, referida

por evangelizadores, cronistas y viajeros a lo largo de los últimos cinco siglos.

Si consideramos al sureste en su conjunto, pese a la escasa población indígena en el caso de Tabasco, es cierto que la pobreza debe seguir estudiándose en relación con las transformaciones de las identidades étnicas en el siglo XXI, en especial de los mayas. Por sus implicaciones sociales y culturales y por la necesidad política de un pleno acceso a la ciudadanía, el polémico vínculo entre ser pobre y mantener la identidad étnica originaria es, de hecho, desde mi punto de vista, uno de los procesos más urgentes por comprender. Pero no es el único; aunque quizás sea el más importante en términos teóricos desde la perspectiva de la construcción de identidades y nuevos sujetos sociales, se debe ampliar la mirada para incluir en la comprensión de la pobreza los limitados resultados de la gestión social y las políticas públicas diseñadas para combatirla, la debilidad de las organizaciones privadas y de las empresas para detonar proyectos de desarrollo regional y el aún insuficiente respeto a los derechos humanos. El estudio de la pobreza debe incluir necesariamente la identidad étnica, pero no se puede limitar ni detener allí. Un alto porcentaje de pobres de los estados del sureste desde hace medio siglo, no se identifican como indígenas ni su miseria



se explica por determinantes o vínculos étnicos, como bien lo ejemplifica la disminución en el número de población indígena de Tabasco hasta ser una minoría de la población, a la par del mantenimiento de sus elevados índices de pobreza.

Por otra parte, no todos los aspectos de la pobreza actual tienen raíces históricas tan profundas como las que podemos observar en la población originaria, sino que son consecuencia de nuevos procesos que se han expandido de mano de la globalización y la profundización del modelo neoliberal las últimas tres décadas. En resumen, cuatro procesos marcan la pobreza contemporánea en el sureste de México y, muy probablemente, en otras regiones del país: el desempleo crónico en el campo y la ciudad, un número creciente y mayoritario de pobres urbanos en relación con los del medio rural, una sociedad orientada hacia consumos inéditos de difícil realización, y un acceso a tecnologías baratas en medio de la pobreza que generan cambios culturales, expectativas y nuevos valores en las identidades de los individuos, que amplían su ilusión de pertenencia a un mundo global pero que no modifican su condición colectiva de pobre.

Las condiciones históricas del desarrollo regional en México, a partir de la Revolución de 1910, generaron atraso en el desarrollo social y económico del sureste en comparación



Archivo LARC.

con el resto de la nación; en especial, después de la Gran Depresión de 1929 y hasta 1970. Las principales consecuencias de esas cuatro décadas de atraso fueron un mayor nivel de pobreza y una creciente desigualdad social en aspectos tan importantes como la educación, la salud, el empleo y los niveles de ingreso en relación con el resto de México. Se profundizó el vínculo de la desigualdad con la identidad étnica y la discriminación a los numerosos habitantes originarios del territorio, la población maya. Las consecuencias de las nuevas líneas de desarrollo que se impulsaron desde 1970 tardaron en sentirse, y no empezaron a modificar las diversas situaciones de pobreza, desigualdad y discriminación sino hasta 1990, cuando el empleo, la inversión y la urbanización impulsados por la explotación petrolera, el turismo y la especialización terciaria de las ciudades se combinaron con nuevos programas de política social; con estos, el Estado mexicano ha intentado paliar algunas de las numerosas consecuencias sociales negativas del crecimiento económico neoliberal. Pero esta mejoría no ha sido sustantiva y el sureste continúa como una de las regiones menos desarrolladas y más pobres de México en la segunda década del siglo XXI.

Existen, sin embargo, diferencias internas en la pobreza del sureste que es necesario conocer a detalle, para

comprender las causas de la diversidad en los ritmos de desarrollo entre estados y municipios y entre los contextos urbanos y rurales. Sostengo que las causas de esa diversidad muestran que la desigualdad en el sureste de México ha sido un proceso social y económico construido por una gestión social inequitativa y por decisiones políticas a través de muchas décadas, y no obedece a razones de carácter cultural, étnicas, demográficas, geográficas ni a la falta de recursos humanos, económicos o naturales.

El Sureste al que me refiero, la región de estudio de la que nos ocupamos con una perspectiva comparativa, está constituido por los estados de Yucatán, Campeche, Quintana Roo y Tabasco y sus siete principales ciudades: Mérida, Campeche, Isla del Carmen, Cancún, Playa del Carmen, Chetumal y Villahermosa. En el caso de Mérida, incluyo en esta reflexión a cuatro de los principales municipios que abarcan su zona metropolitana, Kanasín, Progreso, Umán y Conkal. En el de Villahermosa, al municipio conurbado de Nacajuca. El período central de tiempo elegido se extiende entre 1990 y 2015, al que corresponde la mayor parte del material estadístico y empírico analizado así como las entrevistas realizadas en las siete ciudades.

El análisis comparativo de la evolución de la pobreza en las distintas



ciudades y entidades nos muestra con detalle las sutilezas del desarrollo a nivel local, obligando a considerar que las historias regionales establecen las condiciones que permiten participar o no en nuevas dinámicas de desarrollo; también, que las consecuencias de las nuevas políticas públicas que lo direccionan como las vinculadas al petróleo, al turismo o a la industria maquiladora no establecen relaciones de causa y efecto directas o inmediatas, pues, por ejemplo, muchas veces una nueva cadena de hoteles en la Riviera Maya ha significado, años después, la aparición de una serie de empresas de servicios en la ciudad de Mérida, o bien, una mejoría en las políticas

de prestaciones laborales a los trabajadores de Pemex en Isla del Carmen ha llevado a la creación de nuevos fraccionamientos para viviendas en Villahermosa-Nacajuca o en la zona metropolitana de Mérida.

Lo mismo ha sucedido cuando hablamos de la pobreza o la desigualdad, pues, por solo ver un caso, la reestructuración de la zona henequenera de Yucatán en los noventa y la liquidación de la extraña relación crediticia-laboral que sostenía el Estado con los miles de campesinos que vivían de esa economía de plantación elevaron el desempleo en la zona metropolitana de Mérida y la migración a Cancún. Más directas han sido las consecuencias de los cambios de



Archivo LARC.

dirección y disminución de la cobertura de numerosos programas sociales en los cuatro estados, según las gubernaturas y los ayuntamientos fueron cambiando de mano entre los diversos partidos políticos, PAN, PRI o PRD. Dependiendo si las administraciones municipales eran o no del gusto del gobernador o del partido en turno, se empobreció o mejoró la movilidad social a nivel local.

Por supuesto, no llego tan lejos para considerar a nivel regional que el aleteo de una mariposa en Cancún produce una inundación en Villahermosa como plantearía la teoría del caos, pero sí para decir que la península y Tabasco se han venido configurando como un sistema social y económico integrado y, como tal, se cumple que tanto la sensibilidad en las condiciones iniciales del sistema como los cambios en una de sus partes afectan durante años a la totalidad, y que tanto los aspectos positivos como los negativos del desarrollo interactúan y se influyen mutuamente con mayor fuerza a nivel regional que nacional, ayudando a comprender mejor las diferencias en la pobreza y la desigualdad social dentro de un mismo territorio. Aunque en él actúen un conjunto de subsistemas políticos, económicos y sociales relativamente interdependientes.

Los cambios que podemos observar en las sociedades locales del sures- te no solo son consecuencia de cuatro

siglos de neoliberalismo y globalización, sino también de medio siglo de un modelo de crecimiento que pasó de la explotación de materias primas agrícolas y forestales al fomento del petróleo y del turismo, dejando de lado el desarrollo del sector secundario y, en especial, la manufactura. El calendario de los cambios en el sures- te vinculados a la globalización de los mercados mundiales es largo, pues comenzó desde 1970 y no desde la firma del TLC en 1993. En torno a los dos nuevos ejes de crecimiento se reorganizó la población, la inversión, la infraestructura y la energía social de la región. Después de cincuenta años, las fronteras políticas de los cuatro estados han permanecido incólumes, pero las fronteras sociales, culturales, laborales y empresariales se han movido hasta generar un nuevo espacio regional integrado y con dinámicas de cambio comunes.

Este nuevo territorio comparte también, por supuesto, problemas que ahora impactan a todo el sistema regional. El conjunto de fenómenos que se ocultan bajo los conceptos de pobreza y desigualdad son los más graves. Sus consecuencias se reflejan en toda la región. La discriminación étnica en Yucatán afecta el empleo en Cancún, como la pobreza rural de Tabasco, la calidad de vida en Campeche, la expansión de la educación superior en Mérida, la disponibilidad de profesionistas en Villahermosa. El



sureste del siglo XXI solo es comprensible si se ve en conjunto. Con esta perspectiva compartida deben entenderse también las principales características y tendencias de su pobreza y desigualdad social, que resumo en las siguientes tres tesis, palabra que me parece más modesta que la de conclusiones, pues son afirmaciones que permanecen abiertas para ser refutadas, ampliadas, comprobadas o negadas con nuevos datos.

PRIMERA TESIS

Los programas sociales y de combate a la pobreza han aumentado en veinte años abatiendo lentamente la pobreza, en términos relativos y en el largo plazo, pero en números absolutos el sureste tiene más pobres cada día. Las políticas sociales del Estado y los resultados económicos de la inversión privada, después de un cuarto de siglo de modelo neoliberal, solo han disminuido la pobreza en un máximo de ocho por ciento de la población total a partir de 1990. Es indudable que se puede constatar un avance en números relativos. Las cosas están mejor que antes, pero esta mejoría es tan lenta que tendría que pasar un siglo para que los pobres constituyeran solo el 20% o 25% de la población total del sureste. Es lo mismo que afirmar que la mayor parte de los pobres actuales del sureste morirán siéndolo. Dado que el crecimiento demográfico supera el ritmo de disminución de la



Archivo LARC.

pobreza, cada año, además, habrá más pobres en la región en números absolutos.

Los pobres seguían superando en todas las entidades el 50% de la población total en 2010. Esto se infiere de los datos que nos ofrecen las líneas de pobreza, con diferencias para cada estado, pues entre 1990 y 2010 y, redondeando cifras, Yucatán tuvo un 8% menos de pobres, Campeche 7%, Tabasco 8% y Quintana Roo un número negativo, -5.5%. Es decir, en Quintana Roo aumentó la pobreza, no disminuyó. De cualquier manera, el sureste en conjunto bajó más su porcentaje de pobres en esos años que a nivel nacional, pues, si México tenía un 53.2% de pobres en 1990, llegó a 51.3% en 2010, y tuvo apenas un 1.9% de mejoría. Claro que el punto de arranque de 1990 era mucho peor para el sureste, pues todos los estados, excepto Quintana Roo, estaban por encima del 60% de pobres en 1990.

SEGUNDA TESIS

En plazos cortos el abatimiento de la pobreza en el sureste es frágil y no muestra ser duradero tanto en números absolutos como relativos, es decir, la pobreza retorna con facilidad de un año a otro dependiendo de las crisis globales, nacionales o regionales, lo que, en un modelo de crecimiento global de crisis recurrentes, lleva a pensar que ni en un siglo alcanzaríamos las cifras ya mencionadas. Si observamos los datos de la pobreza

multidimensional para probar esto, podremos ver que, al igual que para todo México, esta metodología consideraba para el sureste un menor número de pobres en relación con los que contaban las líneas de pobreza. Aun así, si evitamos las retroyecciones y nos limitamos a los datos que han aportado las encuestas directas de 2008, 2010, 2012 y 2014, la tesis se sostiene, pues se puede notar que la pobreza no ha disminuido sino que aumenta, aunque hay diferentes comportamientos estatales. A nivel nacional y en relación con el total de población, en los cinco años que nos permite comparar la metodología multidimensional, México pasó de tener un 44.5% de pobres a un 45.5%, es decir, de 48.8 millones a 53.3 millones.

En el sureste, Yucatán pasó de un 46.7% a un 48.9%, que significó ir de 887,700 a 996,900 pobres, un incremento de 2.2% y de 109,200 nuevos pobres en cinco años. Campeche pasó del 45.4% al 44.7%; de 362,800 a 387,900, una disminución del .7% pero acompañada de un aumento de 25,100 pobres. Tabasco fue el otro estado del sureste donde la pobreza bajó en el cuatrienio, aunque aun así siguió siendo el de mayor pobreza de los cuatro en números relativos y absolutos. Pasó del 53.8% al 49.7%, y sus pobres disminuyeron de un millón 171,000 a un millón 149,400. Como podemos ver, la pobreza disminuyó



un 4.1% y la entidad tuvo 21,600 pobres menos, aunque no olvidemos que en esos años seguía expulsando población en grandes cantidades y tenía un saldo neto migratorio negativo de menos 18%. La pobreza en Quintana Roo aumentó del 34% al 38.8% y los pobres de 420,300 a 563,300, un incremento porcentual del 4.8% y de 143,000 personas. La metodología multidimensional, si bien considera menos pobres que la de líneas de pobreza, muestra también una tendencia general al incremento de su número total en un quinquenio.

Aunque en números relativos dos entidades bajaron y otras dos subieron, el porcentaje acumulado de las cuatro mostró una tendencia al alza

de la pobreza relativa y los números totales nos muestran que también de la pobreza absoluta, pues el sureste aumentó su contingente de pobres en 255,700 personas en tan solo cinco años. De cualquier manera, el quinquenio medido con la metodología multidimensional mostró que los avances en la lucha contra la pobreza fueron endebles y que una mala racha económica volvió a lanzar a la pobreza a cientos de miles de personas en muy corto tiempo y allí las mantenía. Es decir, no hubo un blindaje en los avances contra la pobreza, que solo se conseguiría con una seguridad social que cubriera las necesidades básicas en los períodos cíclicos de crisis.



Archivo LARC.

TERCERA TESIS

El sureste, en conjunto, mantiene una alta correlación entre identidad étnica y pobreza, en especial entre ser hablante de maya y ser pobre, introduciendo con mayor fuerza que en otras partes de México la marginalidad social y la discriminación étnica como dos características acompañantes del mantenimiento y reproducción de la pobreza en la región. Este planteamiento aplica, en especial, para los tres estados de la península de Yucatán. Cualquier análisis de la pobreza y cualquier discusión de medidas para atemperarla o disminuirla tienen que considerar en la región las características y derechos específicos de la población maya.

Cada estado del sureste mantiene un número distinto de población originaria, pero en todos los casos la población originaria, definida por su condición de lengua, es un grupo que se ha mantenido históricamente en la pobreza. Como tendencia general y si nos fijamos solo en los hablantes, ser maya es sinónimo de ser pobre en las tres entidades. Por sí solos, los hablantes de maya configurarían el 60% de los pobres de Yucatán, el 40% de los de Quintana Roo y la cuarta parte de los de Campeche. Estos porcentajes podrían elevarse a la totalidad de los pobres yucatecos, a 60% de los quintanarroenses y a las tres cuartas partes de los campechanos si introduyéramos el criterio

de autoadscripción, aunque, dada la complejidad del mismo, es mejor considerar, en tanto se cuenta con mejores análisis, por el momento solo la vinculación entre habla y pobreza como un dato concluyente.

El caso de Tabasco es diferente, pues la identidad indígena por lengua apenas superaba el 3% de la población y el 7% por autoadscripción. Por otra parte, la gran miseria que se ha mantenido en Tabasco también nos enseña que la pobreza en el sureste es un fenómeno estructural e institucional provocado por carencias universales. Estas acompañan a la identidad étnica y la incorporan al ciclo de reproducción de la pobreza en los otros tres estados, pero que igualmente mantienen a Tabasco pobre sin el factor indígena de por medio, al igual que mantienen pobres a muchos miles de personas que no son mayas por habla ni por autoadscripción en los otros tres estados. En otras palabras, la mayor discriminación y marginalidad de los grupos indígenas es un elemento importante, pero no es la causa de la pobreza del sureste en sí misma, que obedece a condicionantes históricos, estructurales e institucionales mucho más amplios.

Por último y para concluir, podríamos preguntarnos por qué es importante discutir la pobreza y caracterizar a los pobres. Porque si no establecemos con precisión cuáles



son los avances reales y cuáles los ficticios en la mejoría de las condiciones de vida de la población del sureste, como en cualquier otra región de México, no sabremos con precisión si son exitosas las acciones de gestión social y las políticas públicas adoptadas por el gobierno, las organizaciones privadas y las empresas; pues a sus objetivos de mayores ganancias y de crecimiento económico dicen añadir los de generar una sociedad incluyente.

Hay que preguntarnos si los caminos actuales de crecimiento y desarrollo que ha emprendido el país son los que llevan a un bienestar compartido, así sea a largo plazo o, por el contrario, ahondan las diferencias

sociales y mantienen la desigualdad de la población. Conocer la pobreza también nos permite, por sus resultados, evaluar la pobre actuación y bajo impacto de las políticas sociales, así como identificar con más claridad a los actores que requieren soluciones urgentes y a los que, sin ser marginales ni pasar hambre, aún esperan soluciones estructurales a sus carencias, soluciones que las políticas actuales no están aportando.

Y no se trata solo de un asunto de justicia social o de satisfacer las buenas conciencias. Si México no encuentra las políticas y los caminos para ir transformando a sus pobres en una creciente clase media, expandiendo sus consumos y mercados



Archivo LARC.



Archivo LARC.

internos, con mucha dificultad generará las condiciones para convertirse en un país desarrollado y abandonar ese casi eterno y ya interminable tránsito, que comenzó desde fines del siglo XIX, de ser uno en "vías de desarrollo".

Hace medio siglo un destacado antropólogo mexicano, el entonces joven e imberbe Guillermo Bonfil Batalla, en uno de sus primeros trabajos de campo, planteaba sus razones para estudiar el hambre entre los mayas de Sudzal, en Yucatán. *Para nadie es desconocida la existencia de un agudo problema nacional: la desnutrición. Es de tal magnitud que por momentos se antoja ocioso su estudio. Lo que se necesita —cabe pensar— es la acción. Pero esa disyuntiva es falsa,*¹ y señalaba la importancia de un mayor conocimiento y la necesidad de nuevas investigaciones para dar perspectiva y consistencia a la práctica. Sin restar importancia a los avances en cinco décadas, el hambre sigue siendo un agudo problema nacional, al igual que, como hemos visto, lo es la persistente pobreza, aunque los pobres ahora tengan consumos globales. Mientras tales problemas sociales subsistan, estudiarlos nunca será ocioso. **U**

1 Guillermo Bonfil Batalla, *Diagnóstico sobre el hambre en Sudzal Yucatán*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1962, p. 7.